

Lealtad y principios

Un gobierno que se supone nos representa y al que hemos apoyado con entusiasmo toma decisiones incomprensibles: sube los impuestos sin necesidad de hacerlo, decide mantener la propiedad de un diario oficialista cuya única función ha sido denostar a los adversarios políticos. Va contra nuestras creencias, ¿qué hacemos?

Un sacerdote que ha realizado una gran labor pastoral logrando muchas vocaciones para la Iglesia es acusado de abusos deshonestos supuestamente perpetrados a distintas personas durante varios años. Sus seguidores, que son muchos, se sienten desconcertados; muchos de ellos directamente atacados.

Situaciones muy diversas que han estado en la discusión pública en los últimos días y que solamente se unen en la forma como desafían a grupos de personas y las obligan a revisar sus convicciones y posiciones.

¿Hasta dónde deben llegar los límites de la lealtad a una causa o persona? En temas que apasionan a los hombres o que los interpelan porque tocan fibras muy íntimas, como la política o la religión, esa pregunta ha de presentarse inevitablemente más de una vez.

La adhesión a una causa o a un proyecto para el país o a una persona que nos es muy querida, está habitualmente plagada de sentimientos buenos y nobles. Admiración, reconocimiento de un compromiso de vida, deseos de apoyar una labor encomiable. Los liderazgos que se generan en estos ámbitos son capaces de inflamar el espíritu, de convocar, de movilizar; en fin, de rescatar algunas de las más nobles virtudes de nuestra naturaleza humana.

Pero dicha militancia está también marcada por cuestiones menos trascendentes, más prosaicas, aunque también importantes para las personas: sentido de pertenencia a un grupo, valoración del trabajo en equipo, lealtad, compañerismo. Todas cuestiones que en esencia son buenas y en la política y en la religión son muy valiosas, pero que tienen también otra cara, menos noble, aunque no necesariamente objetable: quienes pertenecen a grupos, partidos e incluso confesiones religiosas se sienten más protegidos, cuentan con un escudo frente a la agresión externa.

Todo esto es muy humano, muy natural y está de alguna manera en los códigos que se manejan en las organizaciones políticas y en los grupos religiosos. Pero hay ocasiones en que esa defensa se utiliza para rechazar una verdad que nos incomoda y ahí ya estamos en el terreno de las defensas corporativas, que habitualmente son demasiado simplistas, que no admiten matices, y, lo que es más grave, que suelen recurrir a la amenaza y al amedrentamiento para disuadir a quienes

se han situado en una posición antagónica.

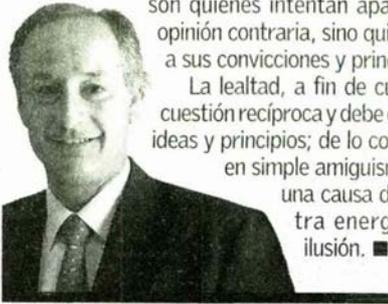
¿Cuál debe ser la actitud de quienes se ven enfrentados a una defensa corporativa porque osan manifestar una opinión disidente a la de su grupo de referencia? Es una situación difícil: sentirse rechazado por los que se supone son tus aliados en cuestiones trascendentes. ¿Habrá que quedarse callados? ¿Nos sumamos mejor a la mayoría y salimos de esta posición tan incómoda, o bien perseveramos en nuestra postura?

Hay a nuestro juicio una guía infalible para estas situaciones. La verdad. La verdad y los principios. Uno nunca se equivoca si sigue ese impulso. Si te sorprendes dando argumentos que a ti mismo te suenan poco convincentes, cuidado, puedes estar acomodando la situación para tu mejor conveniencia. Si te parece que lo que dices hoy es muy distinto de lo que dijiste ayer, incluso contradictorio; entonces, preocúpate.

Un gobierno, un partido político o un grupo religioso estará siempre tentado por las circunstancias a acomodarse su posición frente a un problema determinado a lo que cree son sus conveniencias inmediatas. Pero si levanta la mirada se dará cuenta de que los más leales a él no

son quienes intentan apagar cualquier opinión contraria, sino quienes son fieles a sus convicciones y principios.

La lealtad, a fin de cuentas, es una cuestión recíproca y debe entroncarse en ideas y principios; de lo contrario, deriva en simple amiguismo y esa no es una causa digna de nuestra energía y nuestra ilusión. ■



**UN GOBIERNO, UN PARTIDO
POLÍTICO O UN GRUPO
RELIGIOSO ESTARÁ SIEMPRE
TENTADO POR LAS
CIRCUNSTANCIAS A
ACOMODAR SU POSICIÓN
FRENTE A UN PROBLEMA
DETERMINADO A LO QUE CREE
SON SUS CONVENIENCIAS
INMEDIATAS**

LUIS LARRAÍN